

Oswald Aulèstia Bach
Neus Casablanca Pujol

El falsificador

Índice

<i>Prólogo</i>	11
----------------------	----

PRIMERA PARTE

VUELO	15
1. CENTRO PENITENCIARIO DE KANKAKEE	19
El primer millón	25
Qué buena suerte, qué mala suerte	27
2. PENURIA, CARESTÍA, ESCASEZ	31
Museo de Arte Moderno de Japón	36
El dragón	42
3. LA RUTINA	47
Marilyn y Modigliani	49
Los avellanos	55
4. EL AGUJERO	61
Fraga y Salvador. Homenaje a Gaudí	64
Felicidad	70
5. EL RETO	73
Puerto Banús, 1987 – Barcelona, 1995	77
Miedo	84
6. EN LA CORTE DE JUSTICIA	87
Renato Volpe	95
La queja	103

7. ANDRÉS	107
El anuario <i>Ibérico 2Mil</i>	112
Nirvana	118
8. INDEPENDENCIA DEL SEXO Y LAS DROGAS	121
El capo enfadado	125
La gota	130
9. UN ADIÓS	133
Emulando a Tàpies. Galería Prisma	136
La postal	140
10. EL DEBATE	143
Giorgio de Chirico	145
El milagro	153
11. EL CHIVATO	155
Al Pacino y la palmera de pollas	159
El alquimista	164
12. LA IMPORTANCIA DE TENER PADRINO	167
De Chirico y Morandi	171
Las gafas con amor	189
13. VIAJE A LA CORTE	191
La gran peana de Buda	201
FIN DE MI ETAPA DE ENCIERRO. EL VUELO DE REGRESO	205

SEGUNDA PARTE

NOVENTA DÍAS DE ESPERA	209
14. CENTRO DE EMIGRACIÓN	211
Los inicios	215
Cuentos para crecer	234
15. MARTA, LA INTERVENTORA	241
La resolución del problema	242
Andorra, 1971	246
Conversación entre un sabio y Jesucristo	266

16. LA BIBLIA	269
Parrilla	273
El cielo	290
Maribel	293
17. LA SALIDA	303
El león cordero	308
El mecenas	310
El rey de la selva	316
Salvador Aulèstia	317
Nada es para siempre	321
Laura	323
18. EL REGRESO	325
El séptimo de caballería	328
Una de indios	330
En busca del tesoro	331
El sustituto	343
Un punto y seguido	345
19. LES TRES SENYORES-LAS TRES SEÑORAS	347
Paella y sangría	357
El vaciado	363
20. EL FESTIVAL	365
La Santísima Trinidad	378
El país de la risa	379
El pastor	381
CRUZANDO LA PUERTA DEL VEINTIDÓS	383
<i>Epílogo</i>	385

PRÓLOGO

Mi nombre lo debo a un error, me habían asignado el del marido rico de mi madrina: Ubaldo. Pero el destino quiso que el escribiera, secretario o funcionario de turno, con mal oído y poca formación, entendiéndose y escribiéndose Oswaldó.

Con este comienzo, no resulta extraño que mi vida se haya tejido a partir de confusiones y malentendidos. Así, encadenando acciones, es como llego a una cárcel de Estados Unidos y cómo, de una forma sorprendentemente natural, me convierto, en el último tramo de mi vida y sin vocación alguna, en narrador y «cuentista». Narro y escribo sobre mis andanzas y sobre mis pensamientos, estos últimos en forma de cuentos.

Aparezco en este mundo en abril de 1946, por lo que llevo conmigo una buena maleta de experiencias. Mi padre, Salvador Aulèstia Vázquez, fue al mismo tiempo pintor y vendedor de humo. Representante de un expresionismo plástico, con estilo propio, denominado Arte Apotelesmático.

Mi madre, Joaquina Bach García, mujer de fortaleza y virtud inquebrantable, tenía debilidad por todo lo oriental; a ella le debo gran parte de mi consumo de libros de filosofía y mi gran afición por el celuloide.

Soy el resultado. Un personaje ambivalente debido a esta curiosa mezcla de progenitores. El padre artista, imaginativo y fantasioso, seduc-

tor, embaucador, narcisista y egoísta. La madre espiritual, honesta, fan de la filosofía oriental, simpatizante de la parapsicología y de los fenómenos difíciles de explicar. Ocurrente ironía.

Recibo de mi padre una forma de vivir y de mi madre una forma de entender la vida; todo ello mezclado y combinado con las culturas en las que he vivido y compartido a lo largo de mi vida: la italiana y la catalana.

Reconozco que soy una persona histriónica, con tono y timbre de voz peculiar, muy gestual y con un bagaje cultural variado.

Durante mi primer periodo en Italia, me introduzco en un círculo artístico dirigido por un mecenas con el que establezco cierta relación. Gracias a ello, le consigo un contrato millonario a mi padre, que cambiará nuestras vidas hasta que este desaparece con la esposa del mecenas.

Ante esta situación decido aplicar lo aprendido y consolidar mi propia carrera artística, complementándola con la falsificación de obras de mi padre y posteriormente de otros pintores, tal y como mi maestro me enseñó.

Conozco y me asocio con diferentes representantes, editores, impresores y pintores en Italia, en Estados Unidos y en España.

Durante años evoluciono como pintor, explorando diferentes técnicas y materiales: la tela, el papel, la madera, el metacrilato y el plóter, lo cual me facilita la posibilidad de experimentar el arte digital.

A raíz de una investigación, se me atribuye un papel determinante en la Operación Picture, y aunque no existen pruebas que me incriminen, soy perseguido por la justicia de Italia, España y Estados Unidos, adonde finalmente me extraditan y me encarcelan durante nueve meses. Regreso en pleno confinamiento. Qué buena suerte o qué mala suerte. ¿Quién lo sabe?

Actualmente resido en Barcelona de nuevo y he retomado mi actividad pictórica, a la que he añadido también la literaria, participando en la realización de un documental sobre mí y escribiendo una biografía novelada sobre mis experiencias de vida.

A continuación, una pequeña muestra.

PRIMERA PARTE

VUELO

Madrid, 2020

Una voz masculina y seca se cuela en la película que estoy viendo. Me sitúa bruscamente en la realidad. Estamos a punto de aterrizar en Barajas, Madrid.

Viajo en primera —mi amiga Silvia se ha portado muy bien conmigo—. Después de casi un año en territorio hostil —Estados Unidos—, estoy de camino a casa, Barcelona. Mi condena es de tiempo cumplido. Nueve meses, más unos de regalo que los paso en emigración esperando un billete que el Estado americano se niega a pagar. Por fin vuelo, literalmente, en libertad.

Noto el impacto de las ruedas contra la pista, un alivio. Oigo el ruido de los motores, el aparato aminora la marcha. Veo las luces y parpadeo; me aseguro de que no es un sueño. He llegado, primera etapa superada.

Subir a este avión ha supuesto un reto; bajar, una hazaña digna de *Misión imposible*. No puedo evitar la referencia a las películas, me he pasado todo el viaje recreándome con ellas y comiendo. Cultura y comida. ¡Cómo las he añorado durante mi aventura americana!

Nos detenemos y comienza el desembarque, los pasajeros abandonan la aeronave mientras yo sigo en mi asiento. Se acerca una azafata y en tono amable me dice:

—Señor Aulèstia, tendrá que esperar unos minutos en su asiento hasta que vengan a recogerle.

Contesto afirmativamente con un corto y seco movimiento de cabeza.

El tiempo pasa y empiezo a percibirlo de manera diferente: los minutos se alargan y se vuelven densos, siento su peso y cómo este nos incomoda a todos. Los pasajeros han desaparecido y llega un empleado con una silla de ruedas; nadie se mueve.

Tengo enfrente a la tripulación encabezada por el capitán que parece que espera a alguien más. Percibo inquietud. En otros tiempos me habría sentido intimidado, pero ahora me resulta divertido; no obstante, adopto cara de pocos amigos. El ambiente empieza a enrarecerse y decido intervenir:

—¿Me vais a tener mucho tiempo aquí? Porque esto parece una detención ilegal. Así que, por favor, acabemos con esto cuanto antes.

Con un gesto rápido y automático, el capitán mira su reloj de muñeca. Acto seguido, me entrega el documento que sostiene en la mano y se dirige al empleado que empuja la silla de ruedas:

—Ya puedes conducirlo al control de pasaportes.

El sobrecargo y el empleado que ha subido al avión me ayudan a acomodarme en la silla de ruedas, me llevan hasta un ascensor grúa desde donde me despido y me responden con un sonoro silencio. Nadie dice nada. Se han perdido por alguna parte aquellos educados «Buenos días». No me preocupa en absoluto. Poseo una buena espalda.

Ya en el interior del aeropuerto, mi buen samaritano empuja la silla hasta el control de pasaportes, donde entrego mi salvoconducto a un oficial de policía, el que finalmente tuvo a bien expedirme el cónsul de Chicago —gracias a la inestimable insistencia de mi amiga Silvia.

Deduzco que el dichoso papel genera dudas en el oficial que me atiende, ya que, después de revisarlo detenidamente unos segundos, me espeta:

—Pero... ¿tú eres español?

Respondo con rapidez y con intencionada provocación:

—No, ¡catalán!

El agente levanta la cabeza y me dirige una mirada hostil barnizada de desprecio. Me devuelve los papeles y con un gesto de la mano in-

dica que podemos pasar. Nos dirigimos a la aduana. Nada que declarar. Sonrío al pensar cuán exacta resulta esa frase. No llevo nada conmigo.

Por fin salimos al exterior. Veo a mi hermano Anastasi que me está esperando. Se acerca rápidamente, se inclina y me abraza. No me sorprende el tono suave y la nota de preocupación de su pregunta:

—¿Cómo estás, Oswald? ¿Te encuentras bien?

—Sí, perfecto. No te preocupes.

Seguimos los tres hasta el *parking*, donde está el Audi todoterreno. Cuando llegamos al vehículo, me ayudan entre los dos a instalarme en el asiento trasero. Una vez me dejan bien acomodado, mi hermano saca un billete del bolsillo y se lo entrega al empleado, que se despide de nosotros con un «Gracias» y un gesto parecido a una sonrisa.

A continuación, Anastasi abre la puerta, entra en el coche y se acomoda en el asiento. Simultáneamente, yo abro la mía, salgo del coche —antes me he asegurado de que no hay nadie en la planta— y empiezo a hacer ejercicios para desentumecer las piernas. Mi hermano me mira sin decir nada.

Doy unos pasos y abro la puerta del conductor.

—Conduzco yo. —Intento que suene jocoso y pícaro.

Anastasi baja rápidamente, rodea el morro del coche y, sin dejar de mirarme, se coloca en el asiento del copiloto. No pierdo el tiempo y de un salto me acomodo frente al volante. Mientras me abrocho el cinturón oigo su pregunta:

—¿Estás bien?

—De puta madre.

Mi respuesta ha quedado sofocada por el ruido del motor y los neumáticos.

CENTRO PENITENCIARIO DE KANKAKEE

Chicago, 2019

Estoy delante de un gran ventanal, un grueso cristal me separa de una sala de distribución, puedo distinguir el módulo central donde se encuentran la mayoría de los presos; habrá unas setenta celdas. Me han trasladado de la celda de aislamiento y ahora estoy en un módulo con nueve reclusos que presentan problemas físicos, aunque mi celda está situada en la parte exterior de donde se encuentran ellos.

El vecino

Mi celda es individual, una puerta metálica con una rejilla me separa del resto de las personas y bloquea mi espacio. Hoy el agua rompe esta barrera y avanza por el suelo y se filtra por la pared: el preso de la celda contigua ha destrozado el inodoro y todo lo que encuentra a su alcance. Los funcionarios intervienen porra en mano y con actitud violenta. Se oyen golpes y quejidos. De pronto, la cara de uno de ellos se pega a mi ventanal y con la mano me indica que me aleje. Desde mi camastro veo cómo se llevan a rastras a mi vecino.

Se lo llevan al «agujero», así que me quedo sin compañía. Estoy acostumbrado, me he pasado cuatro meses en una celda incomunicado. He resistido a la depresión y a la locura a base de repetirme una y otra

vez aquella historia de Iber el griego, que llevo tiempo imaginando y que ahora reescribo mentalmente durante varios meses. Cuando la termino empiezo de nuevo. Es el tronco al cual me aferro en estas aguas tan revueltas. Combino el ejercicio mental con el físico, es cuanto puedo hacer entre estas cuatro paredes. Puedo escribir, pero para ello necesito papel y bolígrafo. No tengo.

Cambio de módulo. La interventora

En uno de los incómodos e inhumanos viajes de ochenta kilómetros al juzgado de Chicago, conozco a un joven mejicano que, al escuchar mis quejas sobre la celda, me contesta:

—Aquí el que no llora no mama.

Recojo su sugerencia.

Al día siguiente pido hablar con el médico y la interventora. En una hora se presentan en mi celda; el médico, frágil y amanerado; ella, madura y atractiva. El médico solo habla inglés, yo declino hacerlo en este idioma; miento y digo que no sé. La interventora habla español, su padre es de Guatemala. Un punto a mi favor; me expreso mucho mejor en uno de mis idiomas (domino catalán, italiano y castellano), así que aprovecho la circunstancia para hablar solo con ella.

Los recibo en mi silla de ruedas, con el semblante triste, consciente de que la imagen que transmito es la de un pobre y frágil viejo. No olvido que, en mis experiencias anteriores de juventud, sobre todo la que viví en la cárcel Modelo de Barcelona, la condición de minusvalía resultaba muy útil para conseguir una convivencia segura dentro del centro penitenciario. Esta es la razón por la cual, aduciendo problemas de equilibrio, solicito que me dejen la silla de ruedas.

Ella se dirige a mí y sonriendo pregunta:

—Te llamas Oswald, ¿no?

Mantengo mi actitud, y con un hilo de voz contesto:

—No, me llamo Oswald, porque soy catalán. Oswald es en castellano.

—¿Y de qué ciudad eres? —sigue preguntando y sonriendo.

—De Barcelona, una de las ciudades más bonitas de Europa —le contesto.

—¡Ah! La conozco, la visité hace un par de años, estuve en la Sagrada Familia, el Parque Güell y otros edificios de Gaudí que no recuerdo. Me gustó mucho la ciudad. Se come muy bien. ¿Y qué puedo hacer por ti? —se interesa, acercándose a mí.

Intento que mi actitud y tono de voz resulten convincentes, así que deajo caer mis palabras lentamente y las convierto en un susurro:

—No me encuentro bien. —Hago una pausa e inspiro con dificultad—. Hace cuatro meses que vivo en esta celda, totalmente aislado. Veo cómo otros reclusos disfrutan de libertades, como la sala de la televisión y los juegos. No entiendo el motivo por el cual yo no puedo.

Mientras hablo, el doctor hace su trabajo; me toma el pulso y la tensión. Todo bien. Ella retoma la palabra.

—Mira, tú vas en silla de ruedas; los demás reclusos podrían desmontar algunas de las piezas y utilizarlas como objetos punzantes contra los guardias o contra otros presos.

—Renuncio a la silla de ruedas —digo rápidamente—. Me moveré arrastrándome por el suelo; lo prefiero a las medidas inhumanas que habéis adoptado conmigo. —Mi tono oscila entre la lástima y la queja.

La expresión de su cara cambia y la sonrisa que antes exhibía se hace más tenue, intuyo comprensión.

—Bueno, miraré qué puedo hacer. —El tono es conciliador. El doctor ha terminado el reconocimiento, todo está en orden. La interventora continúa—: Ahora tienes que estar tranquilo, no ponerte nervioso. Tendrás noticias mías.

Le doy las gracias y ambos abandonan la celda.

A primera hora de la tarde del día siguiente vuelve acompañada de dos guardias que me trasladan a otro módulo, en el que estoy ahora. Cierro una etapa claustrofóbica privada de cualquier contacto humano.

A la mañana siguiente vuelve a mi nueva celda, sola. Un guardia abre la puerta y ella entra sonriendo, me trae las noticias prometidas:

—Bueno, Oswald, ahora estás en un módulo donde ubicamos a aquellos reclusos que presentan problemas físicos, es decir a aquellos que tienen un problema de movilidad permanente o transitoria; estos, en general, están de paso, hasta que se solucionen sus problemas. Podrás compartir la zona de juegos y televisión dos horas por la mañana, dos por la tarde, y después de cenar podrás estar hasta las diez con los reclusos de tu módulo. ¿Te parece bien?

Le contesto con una sonrisa y un movimiento afirmativo de cabeza:

—Te estoy muy agradecido, no sé cómo compensarlo.

—No te preocupes. De todas formas, se trata de una ubicación provisional, mientras no se produzca una vacante en el módulo donde vas a ir definitivamente, hasta que se resuelva tu caso. —Dicho esto, sale de la estancia.

El nuevo entorno

Mi nuevo hogar está en un módulo situado en el lado izquierdo del Gran Cubo —así se conoce este centro penitenciario—. Un enorme y grueso cristal lo une con el módulo central. Desde de este ventanal los guardias pueden controlar todo lo que sucede.

Es un módulo de dos plantas, cuatro celdas en el piso inferior y cinco en el superior. Una escalera de hierro une ambas plantas; en la planta baja se encuentra la sala con una mesa de hierro empotrada en el suelo y las sillas soldadas a la mesa, también hay un televisor y, curiosamente, un microondas. La mayoría de los presos son negros, menos uno mejicano, que, afortunadamente, habla español.

Sé que mi aspecto no me garantiza ni me facilita el respeto del colectivo al que, involuntariamente y muy a mi pesar, me acabo de incorporar. Me fijo en cinco personajes característicos e imponentes. El mejicano capta mi mirada y me informa:

—Estos dos pertenecen a la banda de los GD —«Gangster Disciples», formada en Chicago a finales de la década de 1960—, el otro

menos voluminoso es de los Salvatruchas y esos dos de la esquina son de los Love King. Son gente difícil. Mejor ni los mires —me advierte.

Consigo un tesoro: papel y boli

Con el mejicano inicio una conversación; hace mucho tiempo que no hablo con nadie. Nos presentamos, se llama José. Nos desahogamos, le explico mi situación y él me cuenta la suya.

—José, ¿te puedo pedir un favor?

Me fijo en cómo cierra los ojos y frunce el ceño en una muda interrogación. La respuesta es rápida:

—Si no es dinero, pide lo que quieras. —Abre las manos y brazos en señal de rendición.

—No, no es dinero... es algo más sencillo. —Esbozo una sonrisa—. Si puedes y no es un problema para ti, necesitaría papel y un boli. Quiero escribir a casa, a mi madre, que hace más de seis meses que no sabe nada de mí.

—Si es solo eso, ahora te lo traigo. —José entra en su celda y en pocos segundos sale con un bloc y dos recambios de bolígrafo.

Mi rostro se ilumina, he conseguido algo para escribir.

—Toma, te traigo dos, porque en ocasiones la tinta no sale. —Mientras lo dice, sacude enérgicamente el recambio.

—Te lo agradezco mucho y quedo en deuda contigo —le digo, recogiendo ambas cosas.

—No tiene importancia —zanja José. Y yo tengo papel y boli.

Sigo con José, a su paso, tiene una historia dura que sobrelleva con resignación; a todo ello se le añade obesidad, adicción a las bebidas carbonatadas e hipertensión. Me comenta que su hermana le manda libros y que le recomiende alguno. Le digo *El alquimista* de Paulo Coelho y un par de libros de Anthony de Mello.

Nuestro encuentro termina bruscamente, los guardias empujan mi silla hacia mi celda y José se dirige hacia la suya.

Entro satisfecho y contento en mi cubículo; tengo en mis manos un preciado tesoro. Me siento, el papel recoge todo lo que siembro con mi boli; dejo que las palabras que están atrapadas en mi cabeza fluyan y resbalen. Se colocan ordenadamente en el blanco del papel. Escribo sin pensar, sin intención, solo abro compuertas para dar libertad a mi pensamiento.

La última pieza
El primer millón
Roma, 1971

La primera operación que hago con mi padre es la venta de dos témperas de Miró dedicadas a Salvador Aulèstia. Por descontado que el autor de la obra no era otro que mi padre que, en un alarde de osadía, se los dedicó a él mismo. Una buena jugada.

También llegó a un acuerdo con el director de una de las galerías más importantes e influyentes de Barcelona. Las piezas llevaban el sello de la galería en la parte posterior, con ello conseguía darle una credibilidad a la obra que luego remataba con una llamada telefónica entre el comprador y el director. Este ratificaba la proveniencia y de este modo la autenticidad quedaba asegurada.

Expertos ladrones

Vivo en Italia y hace meses que no veo a mi padre, así que quedamos en Roma. Viene con su coche, llega un poco tarde; como siempre, no es puntual; por lo que decidimos ir a cenar. Escogemos un buen restaurante, La Parolaccia, en el Trastévere, muy famoso en esa época, y aparcamos el coche.

Durante la cena comentamos los detalles de la operación. Explico que he conocido a un productor de Cinecittà en Vicenza, durante el

rodaje de una película en esa ciudad; es una persona que muestra interés por el arte, así que veo la posibilidad de colocar alguna obra. Tenemos cita con él mañana.

Celebramos la posible venta con una buena cena. Satisfechos y contentos, salimos del restaurante y nos dirigimos al coche, ahora hay que ir al hotel. Mañana tenemos que madrugar.

De lejos distingo un bulto encima del maletero, al acercarme lo identifico, es una bolsa de basura. La levanto para dejarla en el suelo y para nuestra sorpresa la puerta del maletero se abre, dejando a la vista un tremendo agujero negro: han desaparecido las maletas de mi padre y sus objetos personales; solo han dejado las dos témperas de Miró.

Desde ese día mi respeto es total y absoluto por los ladrones de Roma; sus conocimientos sobre arte superan los de los críticos, expertos y galeristas.

A la mañana siguiente quedamos con el productor y le enseñamos las piezas de Miró, que le gustaron muchísimo. Le pusimos en contacto con el director de la galería de Barcelona, que confirmó su autenticidad, y, finalmente, después de un regateo, recibimos los diez millones de liras que más o menos habíamos acordado. Un millón de pesetas.

Salimos pitando camino de Milán. Mi primera operación ha sido un éxito. «Qué buena suerte...».

En aquel momento, entiendo que ha intervenido Tique, diosa de la fortuna. Todo ha salido perfecto. Tal y como deseaba.

Han apagado las luces de mi celda y no puedo seguir escribiendo, cierro los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás. He hecho un viaje al pasado.

Ahora tengo otra perspectiva, entonces era joven y no supe ver que detrás de Tique, agazapada y juguetona, también estaba Moira, diosa del infortunio. Observo dónde estoy ahora y aterrizo en mi mente la frase del viejo: «Qué buena suerte, qué mala suerte... ¿quién lo sabe?».

Érase una vez
Qué buena suerte,
qué mala suerte

En un pueblo, de cuyo nombre no me acuerdo, vivía un viejo labrador con su hijo, cultivaban la tierra con cariño y esmero, pero esta correspondía poco a tanto esfuerzo. A duras penas sobrevivían y podías intuir el letrero de pobreza en el dintel de la puerta.*

Un día, con la primavera, apareció de la nada un caballo; el animal salvaje y sin dueño se dejó coger. Con su llegada mejoraron las condiciones de trabajo de los dos hombres en el campo: arar, sembrar, llevar las pesadas cargas de leña y los productos que recogían al pueblo se volvieron tareas menos pesadas y más llevaderas con la ayuda del animal.

Cuando los vecinos y habitantes del pueblo vieron aquel imponente y magnífico corcel le preguntaron al hombre cómo lo había conseguido, a lo que respondía siempre con el simple relato de su repentina aparición.

—¡Qué buena suerte habéis tenido! —le decían.

—Qué buena suerte, qué mala suerte... ¿Quién lo sabe?! —respondía el viejo, y dejaba sin palabras a sus interlocutores.

Semanas después, el caballo desapareció, y padre e hijo volvieron a sus pesadas tareas. El día que llevaron sus productos al mercado los vecinos preguntaron por el caballo.

* Gran parte de los cuentos identificados con el título «Érase una vez» son adaptaciones de cuentos tradicionales.

—Tal como vino, se fue —contestó el hombre.

—¡Qué mala suerte habéis tenido! —exclamaron.

—Qué buena suerte, qué mala suerte... ¡¿Quién lo sabe?! —respondió el viejo, y volvió a dejar sin palabras a aquellos que preguntaban.

Pasaron un par de meses y el caballo volvió a aparecer; no venía solo, le acompañaban una docena de caballos más. Todos entraron en el establo.

Padre e hijo pensaron que quizás era un buen momento para ir cambiando la labor del campo por otra que les proporcionase más beneficios; así que decidieron que el hijo domaría los caballos y que después los venderían.

El hombre mayor se fue al pueblo y colgó un cartel con la oferta de venta de los animales. Cuando sus paisanos se enteraron de la noticia exclamaron:

—¡Qué buena suerte habéis tenido!

—Qué buena suerte, qué mala suerte... ¡¿Quién lo sabe?! —se limitó a responder el viejo, como siempre.

Mientras, el hijo se dedicaba a la doma con tanto entusiasmo que un día, en un descuido, su caballo tropezó y él resbaló de su montura cayendo al suelo. Su pierna izquierda recibió todo el golpe y se rompió. El médico, tras atenderlo, le recomendó unos meses de reposo.

El padre fue al pueblo a comprar todo lo que el médico le recetó para aliviar del dolor y curar la maltrecha pierna de su hijo. La noticia llegó antes que él, así que le llovieron los comentarios y exclamaciones.

—¡Qué mala suerte, ahora tu hijo no podrá ayudarte...!

—Qué buena suerte, qué mala suerte... ¡¿Quién lo sabe?! —respondió el viejo y, sin añadir nada más, se alejó del coro de curiosos.

Pasó un tiempo y mientras el hijo se encontraba convaleciente llegó al pueblo un batallón acompañado de su capitán, en busca de nuevas levas para entrar en combate con el país vecino. A causa de la guerra, todos los jóvenes, excepto al hijo del viejo labrador, fueron reclutados.

—Qué buena suerte ha tenido tu hijo; se ha librado de ingresar en el ejército. ¡Eso sí que es tener suerte! —le dijeron sus paisanos al viejo.

A lo que él respondió sin inmutarse:

—Qué buena suerte, qué mala suerte... ¡¿Quién lo sabe?!

★ ★ ★

En estos momentos de mi vida, me digo lo mismo cada día. ¿Todo lo que me está sucediendo, será buena o mala suerte? Quién sabe, quizás un poco de ambas...

Cuentan que la diosa griega Tique, la que decide la suerte de cualquier mortal, se presentó ante Zeus agobiada por no poder hacer bien su trabajo:

—Son tantos los hombres y mujeres que me invocan, que no puedo atenderlos —dijo quejumbrosa.

Zeus escuchó su demanda y, a partir de aquel día, Tique siempre iba acompañada de Moira, diosa del infortunio. Desgraciadamente y a pesar de tener tan mala compañera, los mortales no se vuelven más prudentes y las demandas a Tique nunca dejan de aumentar, aun sabiendo que toda suerte suele ir también acompañada de la desgracia.

Ahora, y desde la celda en la que me encuentro, pienso sobre el hecho y mi situación. Entiendo que es Tique quien me proporciona esta oportunidad de reflexión y de cambio.

Y Moira la que intervino cuando vendí el primer cuadro importante, por el que me pagaron una elevada cifra.

Sentado ahora en mi silla de ruedas, por primera vez observo y «veo». Leo la sentencia escrita en la entrada de piedra del santuario de Apolo de Delfos: «Conócete a ti mismo», a la que añado: «Y no tendrás que volver». Recuerdo aquella frase de Santa Teresa de Jesús que nunca he olvidado: «Hay más lágrimas derramadas por los deseos concedidos que por los no atendidos. Ten cuidado con lo que deseas».